

Sección Bibliográfica

“EL HOMBRE Y LA GENTE”, DE ORTEGA Y GASSET

El hombre y la gente (1) es la primera obra inédita que aparece después de la muerte de Ortega. Un nuevo libro suyo al lado de los tomos grises que se han quedado ya irremediabilmente incompletos. El silencioso estar, unos al lado de los otros, de los libros, me lleva a los días del cine Barceló, cuando las ideas de este libro eran palabras que nos iba “diciendo” Ortega. Diciendo —en el sentido riguroso y profundo que él daba a esta palabra, y que tanto se esclarece en este libro—. A mí, a muchos españoles que estamos hechos de esta experiencia, nos ha estremecido la aparición de la obra. Y este estremecimiento es algo más que una emoción periférica; está integrada por la emoción profunda de prepararnos a recibir y revestir de nuestro propio pensar las palabras que ya nunca podrán ser “dichas”. Y también a mí, y a muchos creo que también, nos ayuda esta disposición a la amorosa intelección de su abundante contenido.

El tema de la sociedad había preocupado a Ortega desde antiguo. Es un tema acuciante sobre el que se debate, se escribe, pero —como ocurre con frecuencia— se “piensa” poco. Ortega lo recibe envuelto en imprecisiones y oscuridades y pretende devolvérselo perfilado y neto. Es el proyecto que dirige esta obra. Sin embargo, tal tarea exige remontarse lejos. Crear a esta realidad una plataforma previa de la que extraer claridad. A Ortega nunca le han asustado estos retrocesos “en profundidad”. Es preciso, pues, volver al hombre —de ahí la mitad del título—, puesto que al hombre es al que le pasa eso de ser social. Se detiene para recoger un viejo tema —y es parada esencial para tomar contacto— y el primer capítulo se nos viene a presentar con el nombre de “Ensimismamiento y alteración”. A partir del sosiego ensimismado va a comenzar a preguntarse, va a comenzar a introducirnos en la realidad peculiar de la vida humana, radicada en la cual tiene que presentársenos cualquier otra realidad. Si de “sociedad” queremos hablar “radicalmente”, tendremos que volver los ojos a esa realidad radicante que es la vida, para ir, desde ella, viendo perfilarse la realidad buscada. “Ningún conocimiento es algo suficiente —esto es—, suficientemente profundo, radical, si no comienza por descubrir y precisar el lugar y modo, dentro del orbe que es nuestra vida, donde ese

(1) ORTEGA Y GASSET, José: *El hombre y la gente*. Revista de Occidente, Madrid, 1957, 318 págs.

algo hace su aparición, asoma, brota y surge; en suma, existe" (página 64).

Gran parte de la obra de Ortega está dedicada a precisar la consistencia de la vida humana, la vida que es primariamente la de cada cual. Ni voy a resumir —no sería sino trivial— ese caudal de ideas, ni siquiera las enunciadas en este libro a ese respecto. Mis anteriores palabras se dirigen tan sólo a subrayar la necesidad de retrotraer lo social hasta la vida para su intelección plenaria. Quiero también llamar la atención sobre el punto de vista adoptado en este libro para contemplar y dar forma a aquellas ideas, es decir, al escorzo que produce la intención "social" al dirigir nuestra mirada hacia la vida.

Como recordaba hace un momento, la vida es primaria y estrictamente la de cada uno, es decir, personal, circunstancial, intrasferible y responsable. Por ello —en virtud de este objetivo final que ordena y da forma a las ideas— advierte a continuación, dando un primer esbozo del problema que presentará lo social contemplado desde la vida, que "si más adelante nos encontramos con vida nuestra o de otros que no posea estos atributos, quiere decirse, sin duda ni atenuación, que no es vida humana en sentido propio y originario, esto es, vida en cuanto realidad radical, sino que será vida, y si se quiere vida humana en otro sentido, será otra clase de realidad distinta de aquélla y, además, secundaria, derivada, más o menos problemática" (pág. 83). Este es el problema vislumbrado, pero aún queda camino para llegar a su mismo centro. La impleción de esas cuatro notas que hemos enunciado requiere la aparición del "otro".

Después del análisis de la vida, el tema al que apuntamos va haciendo sentir su proximidad con esta irrupción del "otro" en nuestra circunstancia. El otro es el que nos responde, y esta respuesta se da siempre a través del "campo expresivo" que es el cuerpo. El otro viene a ser así "tú" y la relación con el otro una relación "interindividual". La respuesta interindividual del otro es una respuesta personal que aún tiene los atributos inherentes a la vida propia, a los que nos hemos referido más arriba. Esto tiene que quedar muy claro, pues lo social va a comenzar cuando la respuesta del otro deje de ser interindividual, personal, para convertirse en otra cosa. La distinción entre estos dos modos, lo interindividual y esa otra cosa, lo social precisamente, es considerada fundamental por Ortega, hasta tal punto que gran parte de las confusiones sobre lo social provienen de este punto de arranque. Desde aquí, y con toda cautela, va a separarse Ortega de la acción interindividual y —no lo olvidemos— propiamente humana, para lanzarse de lleno al análisis de lo social.

Antes de entrar en él por entero hace referencia Ortega a una de

las grandes tentativas actuales de entender coherentemente la aparición del otro. Se trata de Husserl. El contraste de este modo de entender la presentación del otro con el suyo propio es un ejemplo de perspicacia y finura puesta al servicio del pensamiento ajeno. De la lectura de este minucioso análisis salimos entendiendo un poco mejor, no sólo a Ortega, sino al mismo Husserl.

Además del "otro", que es "tú", que es "él" —y "ella", como diseñará en el delicioso apartado "breve excursión hacia "ella"— hay algo más. Alguien que también nos responde, pero de otra manera: la gente, todos y nadie determinado. La gente es el sujeto de los usos, y los usos la medula de lo social. El resto del libro —la otra parte del título— va a dedicarse a desmenuzar y poner en claro la estructura de esta huidiza realidad.

El estudio de lo social que hemos alcanzado es el estudio de los usos. La empresa no es fácil, pues se trata de una realidad huidiza, que una vez aprehendida tiende siempre a escapársenos. El acceso lo plantea Ortega en tres etapas. Primero, elige un uso cualquiera —el saludo— y nos lo hace entender hasta que quedan decantadas sus notas constitutivas. Después —ya en el área del uso—, estudia con detalle dos de los usos más universales y representativos: el lenguaje y la opinión pública.

Resulta que si de verdad queremos saber qué es saludar, un hecho bien cotidiano y simple, no podemos quedarnos en el saludo como relación entre dos individuos porque así no tiene sentido, ninguno de los dos individuos sabría por qué lo hacía así, acaso ahora este hecho no tenga sentido, pero lo tuvo quizá en algún tiempo. Lo primero que nos exige la intelección de esta realidad es un retroceso en el tiempo. Si podemos encontrar que alguna vez tuvo sentido —fué acción entre dos individuos— resulta que ahora no lo tiene y que, además, le es constitutivo este no tener sentido ahora. Es decir, que al uso le es constitutivo ser una *supervivencia*. Al aplicar este mismo método al lenguaje —al tratar de la "etimología" de las palabras— llegará a esta misma conclusión respecto al uso que es la lengua. Si tomásemos otro uso cualquiera se nos impondría la misma tarea, una tarea que pudiéramos llamar, ampliando el término, "etimológica". De ahí la intelección del hombre en cuanto social como "animal etimológico". Otros dos repertorios de usos, lenguaje y opinión pública, nos destacan y perfilan desde su propio lugar otro de los caracteres esenciales del uso: su coactividad o presión. Lo que Ortega llama, con palabra tomada del lenguaje jurídico, el carácter de vigencia. Los usos son "vigencias", algo que está ahí y con lo que hay que contar. Los usos se nos imponen, y no porque de ellos participen un número mayor o me-

nor de personas, sino previamente e incluso aunque afectasen a muy pocas. La coacción del uso no es siempre igualmente fuerte: hay usos débiles y fuertes; los usos “fuertes y rígidos” son principalmente los que se ejercen a través del Estado, y el derecho, la parte más visible de estas realidades “humanas”.

El uso es algo constitutivo de la realidad humana, pero en forma de tensión centrífuga. El hombre vive dentro de los usos, está constituido por ellos en una amplia zona de su propio ser; pero, sin embargo, también está constituido por una tendencia a salir de ellos. Este es también el modo recto de entender cómo lo social afecta al hombre. Podremos decir que es “naturalmente sociable”, siempre que completemos esta frase con su otra mitad, a saber, que es también “naturalmente insociable”.

Con el análisis de las opiniones y el poder público se corta el tema de “la gente”. En un “apéndice” se repite el programa que se anunció en el curso de este nombre del “Instituto de Humanidades”; este programa no se realizó entonces tampoco en toda la extensión anunciada. No obstante, queda dibujado en él, sólo con un delgado contorno, un camino a proseguir con un instrumental ágil y eficaz, lleno de sugerencias.—MARÍA RIAZA.

UNA INTRODUCCION A LA HISTORIA DE AMERICA

“Desde que inicié, hace trece años, mi especialización en el estudio del proceso histórico americano —afirma Jaime Delgado en su nota preliminar al libro (1)—, venía preocupándome el problema de la fundamentación filosófica de la Historia de América, entendida ésta no sólo como una especie o parte del género historia, sino también en su acepción de disciplina o asignatura incluida dentro de un determinado plan de enseñanza. Qué es la Historia de América, cómo se puede hacer a América objeto de un estudio histórico separado del de los demás continentes, qué sentido debe darse a la expresión “Historia de América”, cuál es el contenido de esta historia y cómo y mediante qué tipo de método debe ser investigada y enseñada, fueron, pues, preguntas que iban planteándome al hilo de mis investigaciones históricoamericanistas.” “Fruto de esas preocupaciones —añade más abajo el autor— es el libro que hoy me atrevo a dar a conocer públicamente”; y aplica su destino y utilidad principales, de una parte, a los estudiosos e interesados de un tema prácticamente no tratado aún, y, de otra, a cubrir un aspecto importante de la enseñanza de la Historia de América, supe-

(1) JAIME DELGADO: *Introducción a la Historia de América*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1957. 190 págs.